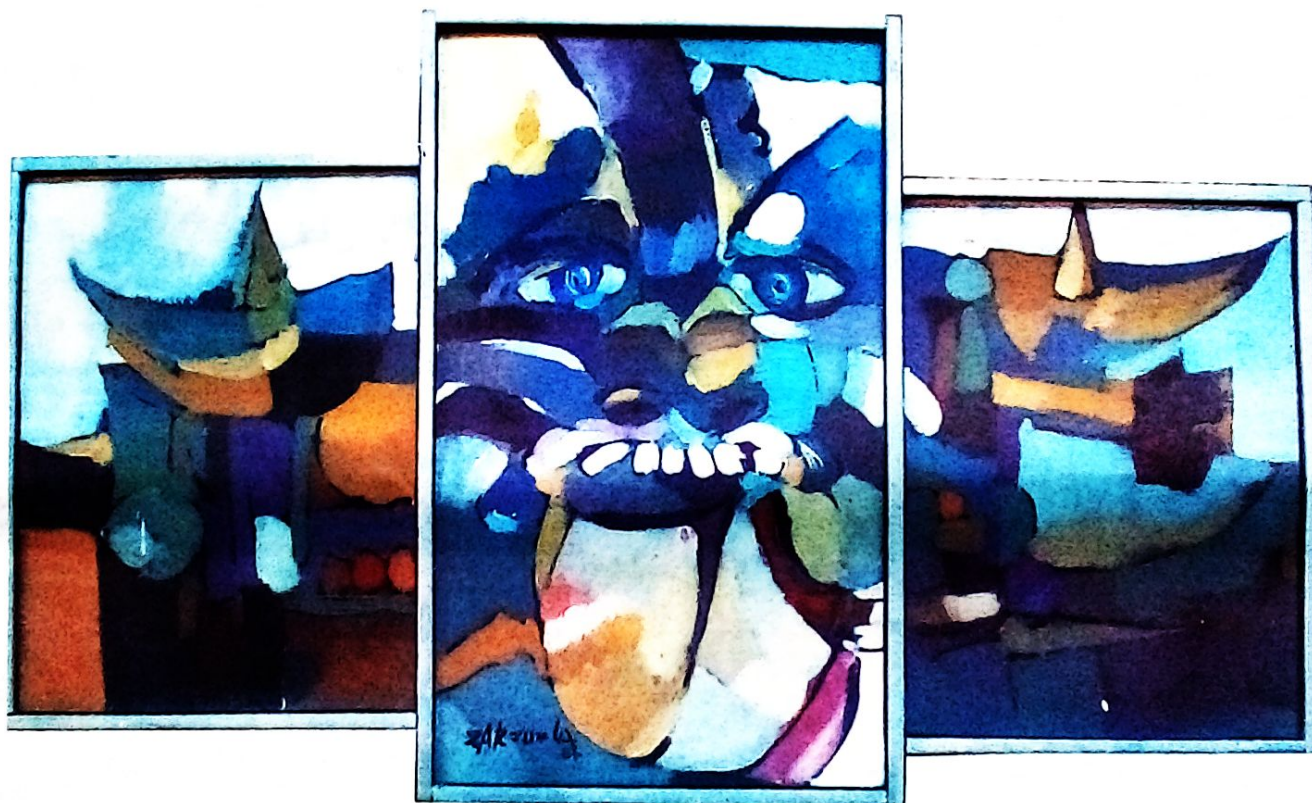




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Pablo Picasso • Man Céspedes • H.C.F. Mansilla • Emile Ciorán • Leonardo Bacarreza
 Jorge Isury • Georges Bataille • Epicuro • Gustavo Pereira • Jaime Valverde
 Claudio Rodríguez • César Ángeles • Fernando Díez

LA PATRIA
 SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXV n° 644 Oruro, domingo 28 de enero de 2018





Morro tríplico
Óleo sobre tela 90 x 40 cm
Erasmo Zarzuela

No busco, encuentro

Yo no busco, yo encuentro. Buscar es a partir de hechos conocidos y querer algo conocido en lo nuevo. Encontrar es lo totalmente nuevo, también en el movimiento. Todos los caminos están abiertos y lo que se encuentra es desconocido. Es un riesgo, es una sagrada aventura. La incertidumbre de tales riesgos sólo puede ser asumida por quienes en la desprotección se sienten protegidos, quienes en la incertidumbre, en la ausencia de conducción son guiados, quienes en la oscuridad se entregan a una estrella invisible y se dejan atraer por metas, y no determinan de forma humanamente limitada y estrecha la meta.

Pablo Ruiz Picasso. Pintor cubista español (1881-1973).

La grandeza de mis penas



Mis tristezas son margaritas, como muñecas blancas que juegan con mis penas. Mis pesares son cipreses como torres verdes de las campanas de los muertos.

Yo quiero entrar en el cementerio y correr... correr..., hasta encontrar en la muerte, la vida que no he encontrado en la vida.

Yo quiero escalar los muros de un panteón, y descolgarme en sus jardines de huesos, y como un perro que tuviera el olfato del misterio, escarbar la tierra bendita buscando en las tumbas el tesoro del silencio.

Yo quiero beberme mis pesares, y apurar el tiempo hasta voltearlo sobre mi cabeza, como cántaro de penas.

Y luego, alegre de mi borrachera de tristezas, cantando el querer de mis penas que son las penas de mi querer, dormir en un rincón un negro sueño sin sueños, como un carbón sin lumbre, como un corazón sin amor.

Y luego, cuando al otro día de nuevo amanezca, y la alborada con sus cascabeles de plata y después el sol con su clarín de oro, digan al insecto y a la flor, y a la paloma y al jaguar, y a la culebra y al hombre: ¡vivid, amad, la vida es el amor!

Yo, como los ermitaños espectrales haciendo mi lecho de una cruz y mi lámpara de una calavera, en el breviario de las miserias del mundo, rezaré por la grandeza de mis penas.

Man Césped (Manuel Céspedes Anzoleaga). Sucre, 1874 - Cbba., 1932.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfa. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas: tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

La Academia de Ciencias: logros y problemas

* H. C. F. Mansilla

Primera de dos partes

La Academia Nacional de Ciencias de Bolivia fue fundada el 23 de septiembre de 1960. Para que esto sucediera, concurrieron probablemente diversos factores. Algunos sectores de la alta administración pública y del ámbito universitario se percataron de la estrecha vinculación entre los avances científicos y tecnológicos, por un lado, y el desarrollo socio-económico, cultural y político de las sociedades, por otro. Eran los años en que los conceptos claves de crecimiento, desarrollo y progreso adquirieron el aura de lo obligatorio e imprescindible, los años en que se creía en la posibilidad de inducir desde arriba y por obra de gobiernos esclarecidos una evolución acelerada de todos los aspectos de la vida social. La Junta Nacional de Planeamiento fue instaurada también por aquella época, y mi padre, el Ing. Hugo Mansilla Romero (1907-2006), fue su primer director. Esta era también la visión que tenía mi padre sobre las posibilidades y las estrategias de un desarrollo adecuado a las necesidades del país en la segunda mitad del siglo XX. De él he tomado algunas ideas para este texto sobre el origen de la Academia de Ciencias, pues fue su vicepresidente durante largos años.

Me permito añadir que a nivel mundial se podía constatar por entonces (alrededor de 1960) una euforia en pro de un desarrollo rápido y de amplio alcance, cuya finalidad era desterrar para siempre toda muestra de atraso, pobreza y penuria de la faz de la Tierra. Y este desarrollo debía estar basado en la ciencia y la técnica. El artículo segundo del Estatuto de la Academia de Ciencias de Bolivia permite esta interpretación, pues define prioritariamente como objetivos fundamentales de la misma la promoción de la investigación científica y tecnológica, e inmediatamente después la asesoría a instituciones estatales en el estudio, diseño y ejecución de políticas públicas, que obviamente debían estar destinadas al desarrollo acelerado, sostenido e integral de la nación.

Me atrevería a afirmar que es probable que la fundación de la Academia haya tenido que ver igualmente con el hecho de que la universidad boliviana, en su ya larga historia, haya contribuido relativamente poco al avance de la ciencia en sentido estricto. Hoy en todo el Tercer Mundo una buena parte de lo que puede designarse como investigación científica no tiene lugar en las universidades, sino en institutos y organismos especializados, que no están sometidos a los avatares políticos y financieros de las universidades, las cuales se han transformado en escuelas superiores —una prolongación de la secundaria— que simplemente transmiten destrezas técnicas y organizativas a los estudiantes. Estos últimos tampoco exigen gran cosa, sino integrarse de la manera más rápida y cómoda al mercado laboral. Las universidades públicas y privadas del presente no están inspiradas por los dos factores que representaron durante mucho tiempo el prestigio y la fortaleza de las universidades del ámbito occidental: la universalidad de estudios, conocimientos e intereses, y la tendencia a poner en cuestionamiento la validez de teorías y prácticas del momento.

Mi padre prefería otra explicación con respecto a la falta de una tradición investigativa en estas tierras. Según él la necesidad de conocimientos científicos y su aplicación técnica a gran escala surgió en Europa Occidental recién

con la industrialización y la expansión del comercio a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Por contraste el carácter agrario y artesanal de la economía boliviana durante un largo período de tiempo hacía simplemente superflua la investigación científica. De acuerdo a su visión las clases dominantes dispusieron de masas de trabajadores indígenas a un costo extremadamente bajo y no sintieron por ello la necesidad de innovaciones tecnológicas serias. El ejemplo más claro de esta tendencia fue, según él, una de las obras más notables de ingeniería civil en todo el ámbito colonial: la construcción de las lagunas y represas de Kari-Kari en Potosí, donde miles de obreros trabajaron durante veinte años en forma gratuita. Este emprendimiento fue importante y valioso por su magnitud física y su utilidad práctica, pero no por su aporte a la investigación científica o a la innovación tecnológica.

La fundación de la Academia Boliviana de Ciencias puede ser interpretada como el signo promisorio de una sociedad que detecta una falencia y que se esfuerza por subsanar el problema. De acuerdo a mi padre, la Academia de Ciencias continúa la tradición establecida por las Sociedades Geográficas, que nacieron en la segunda mitad del siglo XIX y que surgieron del bien intencionado anhelo de círculos elitarios que buscaban una mejor comprensión del país y una aplicación adecuada de conocimientos científicos y adelantos técnicos en el seno de una sociedad que, en su conjunto, quería superar el subdesarrollo. La Academia, decía él, ha mantenido dos características de las antiguas sociedades eruditas: el enfoque multidisciplinario (a veces manifestado en un mismo científico) y la importancia asignada a algunas personalidades ilustres de gran prestigio intelectual. Según mi padre, esta conformación de la Academia es responsable de un camino de luces y sombras, pero también de varios logros: una mejor coordinación de los esfuerzos investigativos sin ejercer coerciones limitantes, el evitar la duplicación de proyectos y el llamar la atención pública sobre la necesidad de que el conocimiento científico sea el factor pre-

dominante en la evolución de la nación. El núcleo del mensaje de Hugo Mansilla Romero es digno de ser remarcado: la Academia de Ciencias al servicio de una evolución histórica bien lograda, poniendo la razón y la ciencia en pro del desarrollo del país.

Según el artículo tercero de su estatuto la Academia fomenta no sólo la investigación científica en sentido estricto, sino también la divulgación de los descubrimientos y conocimientos. Estos dos aspectos representan sus fines más importantes, así como la creación de bibliotecas y repositorios. Quisiera señalar que muy tempranamente la Academia acogió entre sus objetivos la conservación del medio ambiente y la preservación del patrimonio arqueológico, histórico y artístico del país.

Desde un comienzo, sin embargo, la Academia tuvo que luchar con dos problemas mayores: la falta de recursos financieros y el escaso apoyo efectivo de los organismos estatales y privados... y hasta de la sociedad en su conjunto. El artículo 42 de su estatuto señala que para el desenvolvimiento adecuado de sus actividades la Academia dispone de asignaciones del Tesoro General de la Nación, rentas propias, donaciones, legados y subsidios e ingresos por derechos y patentes, pero la mayoría de estos fondos han existido sólo en la pura teoría. Por ello la Academia no ha podido adquirir los aparatos modernos, los laboratorios y el dilatado material bibliográfico que hoy son indispensables para la investigación científica, ni tampoco ha podido financiar los salarios de un personal bien formado y altamente motivado. La sociedad y los gobiernos bolivianos sintieron alguna vez, como ya mencioné, la necesidad de crear una institución que se haga cargo de la investigación científica y de la divulgación de sus resultados, pero no creyeron pertinente dotar a esa institución de los fondos y de la infraestructura que son imprescindibles para tal fin.

Se repite así una constante de la vida social boliviana: con bastante entusiasmo se fundan los organismos consagrados a labores reputadas como oportunas, prestigiosas e importantes, pero se descuidan los aspectos operativos

y financieros de los mismos, presuponiendo que estos funcionan por sí solos, es decir mediante fuerzas casi mágicas, o con la ayuda de la siempre bienvenida cooperación exterior. Se puede aseverar que casi todos los gobiernos del país han descuidado la investigación científica y tecnológica, aunque, paradójicamente, los políticos admiten en su fuero interno que todo el desarrollo contemporáneo realmente importante está basado en la ciencia y la tecnología. Esta actitud no variará en los próximos años, pues desde la era colonial se arrastra una tradición cultural muy arraigada que no es favorable al pensamiento científico; en el presente esta inclinación se traduce en un proceso imitativo de modernización, que trata de adoptar sin mucha discriminación todo adelanto, proceso y aparato técnicos que provengan de las envidiadas naciones del Norte, pero dejando a un lado las prácticas y los conocimientos estrictamente científicos, que fueron precisamente la base del éxito de aquellas sociedades. El fomento y el patrocinio efectivos de la creación científica en particular y de la creatividad intelectual en general no constituyen (ni han constituido nunca) factores de verdadero interés político en suelo boliviano; actividades investigativas, científicas y creativas no han gozado en ningún momento de un elevado prestigio social, y por ello sus escasos adherentes tienen que contentarse con ingresos modestos y con ejercer una influencia muy reducida sobre la marcha de los asuntos públicos. En esta esfera las cosas han cambiado poco desde la era colonial.

Continuará

* Hugo Celso Felipe Mansilla.
Doctor en Filosofía.
Académico de la Lengua.



El último delicado



Jorge Luis Borges



Emile Ciorán

París, 10 de diciembre de 1976

Querido amigo:

El mes pasado, durante su visita a París, me pidió usted que colaborara en un libro de homenaje a Borges. Mi primera reacción fue negativa; la segunda también. ¿Para qué celebrarlo cuando hasta las universidades lo hacen? La desgracia de ser conocido se ha abaudado sobre él. Merecía algo mejor, merecía haber permanecido en la sombra, en lo imperceptible, haber continuado siendo tan inasequible e impopular como lo es el matiz. Ese era su terreno. La consagración es el peor de los castigos —para el escritor en general y muy especialmente para un escritor de su género.

A partir del momento en que todo el mundo lo cita, ya no podemos citarlo o, si lo hacemos, tenemos la impresión de aumentar la masa de sus "admiradores", de sus enemigos. Quienes desean hacerle justicia a toda costa no hacen en realidad más que precipitar su caída. Pero no sigo, porque si continuase en este tono acabaría apiadándome de su destino. Y tenemos sobrados motivos para pensar que él mismo se ocupa ya de ello.

Creo haberle dicho un día que si Borges me interesa tanto es porque representa un espécimen de humanidad en vías de desaparición y porque encarna la paradoja de un sedentario sin patria intelectual, de un aventurero inmóvil que se encuentra a gusto en varias civilizaciones y en varias literaturas, un monstruo magnífico y condenado.

En Europa, como ejemplar similar, se puede pensar en un amigo de Rilke, Rudolf Kassner, que publicó a principios de siglo un excelente libro sobre la poesía inglesa (fue después de leerlo, durante la última guerra, cuando me decidí a aprender el inglés) y que ha hablado con admirable agudeza de Sterne, Gogol, Kierkegaard y también del Magreb o de la India.

Profundidad y erudición no se dan juntas; él había logrado sin embargo reconciliarlas. Fue un espíritu universal al que sólo le faltó la gracia, la seducción. Es ahí donde aparece la superioridad de Borges, seductor inigualable que llega a dar a cualquier cosa, incluso al razonamiento más arduo, un algo impalpable, aéreo, transparente. Pues todo en él es transfigurado por el juego, por una danza de hallazgos fulgurantes y de sofismas deliciosos.

Nunca me han atraído los espíritus confinados en una sola forma de cultura. Mi divisa ha sido siempre, y continúa siéndolo, no arraigarse, no pertenecer a ninguna comunidad.

Vuelto hacia otros horizontes, he intentado siempre saber qué sucedía en todas partes. A los veinte años, los Balcanes no podían ofrecerme ya nada más. Ese es el drama, pero también la ventaja de haber nacido en un medio "cultural" de segundo orden. Lo extranjero se había convertido en un dios para mí. De ahí esa sed de peregrinar a través de

las literaturas y de las filosofías, de devorarlas con un ardor mórbido.

Lo que sucede en el Este de Europa debe necesariamente suceder en los países de América Latina, y he observado que sus representantes están infinitamente más informados y son mucho más cultivados que los occidentales, irremediablemente provincianos. Ni en Francia ni en Inglaterra veía a nadie con una curiosidad comparable a la de Borges, una curiosidad llevada hasta la manía, hasta el vicio, y digo vicio porque, en materia de arte y de reflexión, todo lo que no degenera en fervor un poco perverso es superficial, es decir, irreal.

Siendo estudiante, tuve que interesarme por los discípulos de Schopenhauer. Entre ellos, un tal Philip Mainländer me había llamado particularmente la atención. Autor de una Filosofía de la Liberación, poseía además para mí el aura que confiere el suicidio. Totalmente olvidado, yo me jactaba de ser el único que me interesaba por él, lo cual no tenía ningún mérito, dado que mis indagaciones debían conducirme inevitablemente a él. Cuál no sería mi sorpresa cuando, muchos años más tarde, leí un texto de Borges que lo sacaba precisamente del olvido.

Si le cito este ejemplo es porque a partir de ese momento me puse a reflexionar seriamente sobre la condición de Borges, destinado, forzado a la universalidad, obligado a ejercitar su espíritu en todas las direcciones, aunque no fuese más que para escapar a la asfixia argentina. Es la nada sudamericana lo que hace a los escritores de aquel continente más abiertos, más vivos y más diversos que los europeos del Oeste, paralizados por sus tradiciones e incapaces de salir de su prestigiosa esclerosis.

Puesto que le interesa saber qué es lo que más aprecio en Borges, le responderé sin vacilar que su facilidad para abordar las materias más diversas, la facultad que posee de hablar con igual suavidad del Eterno Retorno y del Tango. Para él cualquier tema es bueno desde el momento en que él mismo es el centro de todo. La curiosidad universal es signo de vitalidad únicamente si lleva la huella absoluta de un yo, de un yo del que todo emana y en el que todo acaba: comienzo y fin que puede, soberanía de lo arbitrario, interpretarse según los criterios que se quiera.

¿Dónde se halla la realidad en todo esto?

El Yo, farsa suprema. El juego en Borges recuerda la ironía romántica, la exploración metafísica de la ilusión, el malabarismo con lo ilimitado. Friedrich Schlegel, hoy, se halla adosado a la Patagonia.

Una vez más, no podemos sino deplorar que una sonrisa enciclopédica y una visión tan refinada como la suya susciten una aprobación general, con todo lo que ello implica. Pero, después de todo, Borges podría convertirse en el símbolo de una humanidad sin dogmas ni sistemas, y si existe una utopía a la cual yo me adheriría con gusto, sería aquella en la que todo el mundo le imitaría a él, a uno de los espíritus menos graves que han existido, al último delicado.

Emile Ciorán.

Filósofo francés de origen rumano, 1911-1995.

Utilidad de los andamios

Durante siglos, los hombres han venido subiendo y bajando por las paredes sólo para limpiarles la cara a los edificios o para maquillarlos.

Pero mañana voy a hacerme un andamio morado y con cuerdas de trompo amarillas. Voy a bajar desde el edificio más brillante, pero no voy a limpiar ventanas. No. Voy a vender dulces en las oficinas. Voy a llevar helados a los banqueros y turrón de almendra a los embajadores.

No creo que haya mucho problema con la alcaldía, ¿o sí?

Sí, sí, ya sé que en menos de una semana todos van a estar vendiendo cosas en los andamios, que van a empezar a colgarse diez del mismo edificio y va a parecer que el edificio tiene cauro o va a haber que regular el tráfico de andamios.

El gobierno municipal creará el impuesto al descuelgue, y Tránsito pondrá semáforos en las paredes de los edificios; además, es posible que la policía cree una abnegada especial ("Los Arañas" seguramente), que cuide que las cuerdas no se enreden.

Entonces viene la fase dos. Empiezo a prestar mis andamios por las noches, para que los enamorados que tengan a sus respectivas viviendo en edificios multifamiliares, puedan llevar serenatas. Primero será un andamio chico, para un tipo con una guitarra. Luego, puede que a iniciativa de algún rockero se tenga que hacer un andamio para hombre, guitarra y amplificador, o para todo el grupo, con batería incluida.

No faltará el que pida un andamio para descolgarse con el mariachi completo, lo que presentará problemas de aerodinámica, dado que hay que equilibrar los sombreros, el guitarrón y el andamio.

Para los más osados guardará el andamio para la cena a la luz de las velas, con mesa, sillas, sombrilla, dos cocineros y un violinista rumano, si es que el relativismo cultural permite a los rumanos tocar el violín en un andamio y más en una cena romántica a la luz de las velas.

A estas alturas del campeonato, seguro viene Mr. Smith y me quiere comprar la patente, y yo, como no tengo visión de negociante, le respondo bonradamente que no la he sacado, y que el andamio es patrimonio de la humanidad.

Mr. Smith, más feliz que final de serie yanqui, saca la patente y se hace rico con una transnacional de andamios inoxidables y hace que Michael Jackson grave un videoclip en uno.

Michael se resfría y demanda a Smith, y Smith, pobrecito, putea contra mí y me quiere poner la patente de corbata.

Tras esta momentánea salida internacional, comunico que el desbarajuste sigue en mi país, porque un cumbiero se enteró de las serenatas y ya dio su primer concierto en un andamio, y ahora se hacen obras de teatro también: David Mondaca y Jorge Ortiz presentan "Sube y baja", primera tragicomedia que se escenifica en un andamio del Prado.

Con las elecciones, los políticos se pelean por el mejor descuelgue. Uno pierde votos porque tiene vértigo.

Los niños bien de la zona sur desprecian los andamios, pero luego ven los conciertos de rock y el video de Michael y también sucumben.

La ciudad ya no sabe qué hacer. Todo cuelga de sus paredes. Piden ayuda a los japoneses, pero están muy ocupados creando un juego para Nintendo con realidad virtual que da la sensación de estar a doscientos pisos de altura, suspendido en un andamio, con un robot que dispara láser.

¿Y yo? Yo camino nomás por las calles, satisfecho de haber jugado y permitido que los demás jueguen, y probablemente saque a Patita a pasear, al cine o... a mirar los andamios.

Leonardo Bacarreza Antonio.
La Paz, 1976. Escritor y narrador.



La poesía del siglo XX en Bolivia

Jorge Isury Cruz

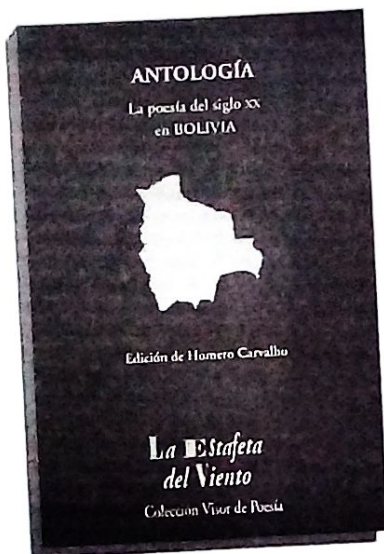
Solo faltaba Bolivia en la lista de los países del cono sur que forman la colección Visor de Poesía: *La estafeta del viento* que dirige el poeta granadino Luis García Montero y el editor Chus Visor, de la editorial Visor Libros.

Treinta y dos son los nombres que forman la Antología *La poesía del siglo XX en BOLIVIA*, (8 poetisas y 24 poetas), de las cuales son 2 mujeres las que abren y cierran la obra: Adela Zamudio (1854-1928) emblema del romanticismo y considerada precursora de los movimientos feministas y comparada con Simone de Beauvoir; y Elvira Espejo Ayca (1981) una poeta paradigma de la inclusión social que vive Bolivia y que escribe en quechua, aymara y español, acompañadas por otras mujeres como:

Hilda Mundy (1912-1980), Yolanda Bedregal (1916-1999), Matilde Casazola (1943), Blanca Wiethüchter (1947-2004), Patricia Gutiérrez Paz (1960) y Mónica Velásquez Guzmán (1972), aun así, la diferencia en números entre ellos y ellas es enorme, pero como sabemos, hacer una antología es una apuesta arriesgada, donde por diferentes limitaciones unos entran y otros se quedan fuera. Como bien dice el poeta y escritor Homero Carvalho Oliva (1957), en el prólogo, los libros y sus autores envejecen rápido, y las antologías aún más rápido, excepto aquellos considerados canónicos.

"Sé muy bien que soy un animal perdido en la noche y por lo tanto un nombre más, un sonido más. Cuando suceda lo que espero seré el mundo y no estaré lejos de nada" estos versos de Jesús Urzagasti (1941-2013) abre el prólogo de Carvalho Oliva quien hace el trabajo de antologador y la labor de edición.

La antología recoge poetas y poemas canónicos como "Nacer hombre" de Adela Zamudio, "La llama" de Gregorio Reynolds (1882-1948), "Siempre" de Ricardo Jaimes Freyre (1868-1933), "Habla Olimpo" de Franz Tamayo (1879-1956), o "Canto al hombre de la selva" de Raúl Otero Reiche (1906-1976). Homero recoge también en el prólogo, la anécdota del universal Jorge Luis Borges, quien se



refirió a un poema de Jaimes Freyre; el poema dice "peregrina paloma imaginaria / que enardeces entre los últimos amores / alina de luz, de música y de flores / peregrina paloma imaginaria", alaba estos enigmáticos versos y los pone a la altura de los versos del poeta irlandés William Butler Yeats; Jaimes Freyre, la figura más destacada del modernismo boliviano, y considerado por muchos fundador del modernismo latinoamericano junto a Rubén Darfo y Leopoldo Lugones cuando coincidieron en la capital argentina.

Carvalho Oliva explica el encargo que Visor Libros le encomendó, nada más y nada menos que una antología de poesía boliviana para ser publicada en España. Dicho encargo solicitaba una selección de poetas del siglo XX, pero un siglo no se entiende sin aquello que lo precede, por eso están recogidos poetas nacidos a mitad del siglo XIX.

Homero busca y explica el trabajo de antologador, y hace un sucinto, pero completo resumen de la historia lírica boliviana desde

el descubrimiento del nuevo mundo hasta nuestros días. Menciona a Cerruto, Shimose, Jesús Lara, Felipe Pizarro; habla de mitología boliviana, los cánones, en general da una visión amplia de la literatura boliviana.

Esta antología no se trata de un estudio crítico, dice Carvalho, sino de un muestrario y escaparate de lo que se han ido escribiendo Zamudio, Reynolds, Jaimes Freyre y Franz Tamayo, que si bien nacieron en el siglo XIX su obra se desarrolla en el XX; sus nombres se escriben dentro el primer canon de la poesía boliviana. Respecto al subtítulo de la antología, *Donde la nieve y los ríos son míticos*, Homero dice que es una paráfrasis a los versos de Franz Tamayo que escribió *Aquí en Bolivia la nieve es mítica*; en ciudades como La Paz, Cochabamba, u Oruro, la montaña ejerce una influencia mayor, notable en poetas como Reynolds, Freyre, Tamayo o Sáenz que han dedicado versos a estas cumbres. Las montañas en tierras altas, pero los ríos en las tierras bajas como afirma Pedro Shimose (1940): *ríos son hechos, son palabras, son la madre que nos trajo al mundo*.

Quizás la montaña y los ríos sean los dos grandes territorios geográficos y culturales que alberga Bolivia, situado en el corazón de Sudamérica, entre los Andes y la Amazonia.

¿Por qué faltaba solo faltaba Bolivia en la colección *La estafeta del viento*, que viene haciéndose desde el año 2005? Como comenta Homero, porque se trata de un país en permanente proceso de construcción, con un abigarrado conjunto de etnias que reclaman su lugar en la sociedad y Estado.

Esta antología permitirá al lector conocer una gran variedad de textos que identifican a Bolivia como una maravillosa y legendaria nación, a la vez compleja, pero no incomprensible como algunos la quieren etiquetar.

El libro lanzado al mercado el año 2015 en España, sale después de que Milan Gonzales, reconocido músico, poeta y artista boliviano que vive en Alemania recomendará el

nombre de Homero Carvalho Oliva a la editorial Visor y después de una evaluación fue invitado a ser el compilador, afirma Homero en una entrevista.

500 páginas de poesía para conocer poetas y poetas bolivianos, a la altura de las circunstancias, convirtiéndose en la primera antología de este tipo que se publica en el extranjero sobre Bolivia, y en una herramienta para difundir tan inmensa obra poética.

Poetas del Altiplano y del Oriente están entre las páginas de este libro, aunque cabe destacar que faltaron poetas de departamentos como Pando y Potosí, lo que no quiere decir que haya una gran obra de poetas inspirándose en la selva del Amazonas y los ríos de Pando, y en cielo salino que es el Salar de Uyuni o el Cerro Rico de Potosí.

Como adelanté antes, son 32 los poetas recogidos en toda la obra que abarcan casi la totalidad del territorio boliviano: de la ciudad de La Paz se encuentran: Franz Tamayo (1879-1956), Óscar Cerruto (1912-1981), Yolanda Bedregal (1916-1998), Jaime Sáenz (1921-1986), Gonzalo Vázquez Méndez (1928-2000), Jorge Suárez (1931-1998), Blanca Wiethüchter (1947-2004), Álvaro Díez Astete (1940), Mónica Velásquez Guzmán (1972) y Mauro Alwa (1977); de Cochabamba están: Adela Zamudio (1854-1928) y Antonio Terán Cabero (1938); Beni representada por: Horacio Rivero Egúez (1905-1973), Ambrosio García Rivera (1925), Eugen Gomringer (1925), Ruber Carvalho Urey (1935), Pedro Shimose (1940), Homero Carvalho Oliva (1957); de Chuquisaca: Edmundo Camargo (1936-1984), Matilde Casazola (1943) y Gabriel Chávez Casazola (1972); Santa Cruz representada por: Raúl Otero Reiche (1906-1976), Patricia Gutiérrez Paz (1960) y Benjamín Chávez (1971); de Tarija: Roberto Echazú Navajas (1937-2007), Jesús Urzagasti (1941-2013) y Marcelo Arduz Ruiz (1954); y finalmente de Oruro: Hilda Mundy (1912-1980), Eduardo Mitre (1943) y Elvira Espejo Ayca (1981).

Aunque Ricardo Jaimes Freyre nació en Tacna, Perú, cuando su familia se encontraba allí, siendo su padre cónsul y diplomático, es considerado por todos un boliviano más.

Hay una mención a poetas consagrados que no se incluyen como Humberto Quiro, Julio Barriga, Edgar Ávila, Rubén Vargas, Vilma Tapia y otros autores que publicaron en la primera década del XX como Emma Villazón, Vadik Barrón, Paura Rodríguez, Oscar Gutiérrez. Algunos más y menos conocidos, algunos con obras publicadas fuera de las fronteras bolivianas o recogidas en otras antologías nacionales e internacionales.

Todos los países de América Latina están recogidos en la colección, siendo una herramienta para el deleite, trabajo o para la curiosidad. Retomo las palabras que Carvalho Oliva escribe para cerrar el prólogo que abre la antología: *les invito a leer a los poetas de mi país, Bolivia*.





La experiencia interior

Fragmento de la "Crítica de la servidumbre dogmática (y del misticismo)"
por el escritor, antropólogo y pensador francés Georges Bataille (1897-1962),
también conocido bajo los seudónimos Pierre Angélique, Lord Auch y Louis Trent



Georges Bataille

Entiendo por *experiencia interior* lo que habitualmente se llama *experiencia mística*: los estados de éxtasis, de arrobamiento, cuando menos de emoción meditativa. Pero pienso menos en la *experiencia confesional*, a la que ha habido que atenerse hasta ahora, que en una *experiencia desnuda*, libre de ligaduras, incluso de origen, con cualquier confesión. Por esta razón no me gusta la palabra *místico*. No me gustan tampoco las definiciones estrechas.

La experiencia interior responde a la necesidad en la que me encuentro —y conmigo, la existencia humana— de ponerlo todo en tela de juicio (en cuestión) sin reposo admisible.

Esta necesidad funcionaba pese a las creencias religiosas; pero tiene consecuencias tanto más completas cuando no se tienen tales creencias.

Las presuposiciones dogmáticas han dudado límites indebidos a la experiencia: el que sabe ya, no puede ir más allá de un horizonte conocido.

He querido que la experiencia condujese a donde ella misma llevase, no llevarla a algún fin dado de antemano.

Y adelanto que no lleva a ningún puerto (sino a un lugar de perdición, de sinsentido).

He querido que el no-saber fuese su principio en lo cual he seguido, con un rigor más áspero, un método en el que destacaron los cristianos (se adentraron por esta vía tan lejos como el dogma lo permitió).

Pero esta experiencia nacida del no saber permanece en él decididamente. No es inefu-

ble, no se le traiciona si se habla de ella, pero, a las preguntas del saber, hurta al espíritu incluso las respuestas que aún tenía.

La experiencia no revela nada, y no puede ni fundar la creencia ni partir de ella.

La experiencia es la puesta en cuestión (puesta a prueba), en la fiebre y la angustia, de lo que un hombre sabe por el hecho de existir.

Aunque en esta fiebre haya algún tipo de aprehensión, no puede decir: "He visto esto, lo que he visto es tal"; no puede decir:

"He visto a Dios, el absoluto o el fondo de los mundos"; no puede más que decir: "Lo que he visto escapa al entendimiento", y Dios, el absoluto, el fondo de los mundos, no son nada si no son categorías del entendimiento.

Si yo dijese decididamente: "He visto a Dios", lo que veo cambiaría.

En lugar de lo desconocido inconcebible, salvajemente libre ante mí, dejándome ante él salvaje y libre, habría un objeto muerto y la cosa del teólogo a lo que lo desconocido estaría sometido, pues, bajo la especie

de Dios, lo desconocido oscuro que el éxtasis revela está esclavizado a esclavizarme (el hecho de que un teólogo haga saltar después el marco establecido significa simplemente que el marco es inútil; éste no es, para la experiencia, sino una presuposición a rechazar).

De cualquier modo, Dios está unido a la salvación del alma —al mismo tiempo que a las otras relaciones de lo imperfecto con lo

perfecto—. Pero, en la experiencia, el sentimiento que tengo de lo desconocido es inquietantemente hostil a la idea de perfección (la servidumbre misma, el "deber ser").

Leo en Dionisio Areopagita (*Los nombres divinos*, I, 5): "Los que por el cese íntimo de toda operación intelectual entran en unión íntima con la inefable luz... no hablan de Dios más que por negación."

Así sucede desde el momento en que es la experiencia la que revela y no la presuposición (a tal punto que, a los ojos del mismo, la luz es "rayo de tinieblas"; llegará a decir, según Eckhart: "Dios es la nada"). Pero la teología positiva —fundada sobre la revelación de las Escrituras— no está de acuerdo con esta experiencia negativa.

Unas cuantas páginas después de haber evocado ese Dios que el discurso no aprehende más que negando, Dionisio escribe:

"Posee sobre la creación un imperio absoluto..., todas las cosas se refieren a él como a su centro, le reconocen como su causa, su principio y su fin..."

Respecto a las "visiones", a las "palabras", y otros "consuelos" comunes en el éxtasis, San Juan de la Cruz da muestras, si no de hostilidad, al menos reserva. La experiencia no tiene sentido para él más que en la aprehensión de un Dios sin forma y sin modo. La misma Santa Teresa no daba en última instancia valor más que a la "visión intelectual".

Del mismo modo, tengo a la aprehensión de Dios, aunque fuese sin forma ni modo (su visión "intelectual" y no "sensible"), por un alto en el movimiento que nos lleva a la aprehensión más oscura de lo desconocido: de una presencia que no es distinta en nada de una ausencia.

Dios difiere de lo desconocido en que una moción profunda, que proviene de las profundidades de la infancia, se une primeramente en nosotros a su evocación.

Lo desconocido nos deja por el contrario fríos, no se hace amar antes de haber derruido en nosotros toda cosa, como un viento violento. Igualmente, conmovedoras y los términos medios a los que recurre la emoción poética nos afectan sin dificultad.

Si la poesía introduce lo extraño, lo hace por la vía de lo familiar. Lo poético es lo familiar, disolviéndose en lo extraño y nosotros con él.

No nos desprovee nunca de todo en todos los aspectos, pues las palabras, las imágenes disueltas, están cargadas de emociones ya experimentadas, fijas a objetos que las unen a lo conocido.

La aprehensión divina o poética está en el mismo plano que las vanas apariciones de los santos en el aspecto de que podemos todavía, por medio de ella, apropiarnos de lo que nos supera, y, sin captarlo como un bien propio, al menos religarlo a nosotros, a lo que ya nos había afectado antes.

De esta manera, no morimos del todo: un hilo, tenue sin duda, pero un hilo, une lo aprehendido al yo (aunque hubiera ya roto su noción ingenua, Dios sigue siendo el ser cuyo papel ha expuesto la Iglesia).

No nos desnudamos totalmente más que yendo sin hacer trampas a lo desconocido.

Es la parte de lo desconocido lo que da a la experiencia de Dios —o de lo poético— su gran autoridad.

Pero lo desconocido exige en último término un imperio no compartido.



Carta a Meneceo

Fragmento de la misiva que el filósofo griego Epicuro (Samos 341 – Atenas 270 a. C.) envió a Meneceo. Este documento se constituye en fundamental de la ética epicúrea



Epicuro a Meneceo, salud.

Que ninguno por ser joven vacile en filosofar, ni por llegar a la vejez se cense de filosofar. Pues no hay nadie demasiado prematuro ni demasiado retrasado en lo que concierne a la salud de su alma. El que dice que el tiempo de filosofar no le ha llegado o le ha pasado ya es semejante al que dice que todavía no le ha llegado o que ya ha pasado el tiempo para la felicidad. Así que deben filosofar tanto el joven como el viejo, este para que, en su vejez, rejuvenezca en los bienes por la alegría de lo vivido; aquel, para que sea joven y viejo al mismo tiempo por su intrepidez frente al futuro. Es, pues, preciso que nos ejercitemos en aquello que produce la felicidad, si es cierto que, cuando la poseemos, la tenemos todo y cuando nos falta, la hacemos todo por tenerla.

Practica y ejercita todos los principios que continuamente te he recomendado, teniendo en cuenta que son los elementos de la vida feliz. Antes de nada, considera a la divinidad como un ser incorruptible y dichoso –tal como lo suscribe la noción común de la divinidad– y no le atribuyas nada ajeno a la incorruptibilidad ni impropio de la dicha.

Piense de ella aquello que pueda mantener la dicha con la incorruptibilidad. Porque los dioses, desde luego, existen: el conocimiento que tenemos de ellos es, en efecto, evidente. Pero no son como los considera la gente, pues esta no los mantiene conforme a la noción que tienen de ellos. No es impío el que desecha los dioses de la gente, sino quien atribuye a los dioses las opiniones de la gente.

Pues no son presunciones, sino varias presunciones los juicios de la gente sobre los dioses, de donde hacen derivar de los dioses los mayores daños y beneficios. En efecto, familiarizados continuamente con sus propias virtudes, arrojan a sus iguales, considerando extraño todo aquello que no les sea semejante.

Acostúmbrate a considerar que la muerte no es nada para nosotros, puesto que todo bien y todo mal están en la sensación, y la muerte es pérdida de sensación. Por ello, el recto conocimiento de que la muerte no es nada para nosotros hace amable la mortalidad de la vida, no porque le añada un tiempo indefinido, sino porque suprime el anhelo de inmortalidad.

Nada hay terrible en la vida para quien está realmente persuadido de que tampoco se encuentra nada terrible en el no vivir. De manera que es un necio el que dice que teme la muerte, no porque haga sufrir al presentarse, sino porque hace sufrir en su espera. En efecto, lo que no inquieta cuando se presenta es aburrido que nos haga sufrir en su espera. Así pues, el más estreñecedor de los males, la muerte, no es nada para nosotros, ya que mientras nosotros somos, la muerte no está presente y cuando la muerte está presente, entonces nosotros no somos. No existe, pues, ni para los vivos ni para los muertos, pues para aquellos todavía no es, y éstos ya no son. Pero la gente huye de la muerte como del



mayor de los males, y la reclama otras veces como descanso de los males de su vida.

El sabio, en cambio, ni rechaza el vivir ni teme el no vivir, pues ni el vivir le parece un mal ni cree un mal el no vivir. Y así como de ninguna manera elige el alimento más abundante, sino el más agradable, así también goza del tiempo más agradable, y no del más duradero. El que exhorta al joven a vivir bien y al viejo a morir bien, es un necio, no sólo por lo grato de la vida, sino porque el arte de vivir bien y el de morir bien es el mismo. Y mucho peor el que dice que es mejor no haber nacido, pero una vez nacido, atravesar cuanto antes las puertas del Hades.

Pues si lo dice convencido, ¿por qué no abandona la vida? A su alcance está el hacerlo, si es que lo ha meditado con firmeza. Y si bromea, es un necio en asuntos que no lo admiten.

Hemos de recordar que el futuro no es nuestro pero tampoco es enteramente no nuestro, para que no esperemos absolutamente que sea, ni desesperemos absolutamente de que sea.

Y hay que calcular que, de los deseos, unos son naturales y otros vanos. Y de los naturales, unos necesarios, otros sólo naturales. Y de los necesarios, unos son necesarios para la felicidad, otros para el bienestar del cuerpo, otros para la vida misma.

Una recta visión de estos deseos sabe, pues, referir a la salud del cuerpo y a la imperturbabilidad del alma toda elección o rechazo, pues ésta es la consumación de la vida feliz. En orden a esto lo hacemos todo; para no sufrir ni sentir temor. Apenas lo hemos conseguido, toda tempestad del alma amaina, no teniendo el ser vivo que encaminarse a nada como a algo que le falte, ni a buscar ninguna otra cosa con la que completar el bien del alma y del cuerpo. Porque del placer tenemos necesidad cuando sufrimos por su ausencia, pero cuando no sufrimos ya no tenemos necesidad del placer.

Y por esto decimos que el placer es principio y consumación de la vida feliz, porque lo hemos reconocido como bien primero y congénito, a partir del cual comenzamos toda elección y rechazo y hacia el que llegamos juzgando todo bien con el sentimiento como regla. Y ya que éste es el bien primero e innato, por eso mismo no escogemos todos los placeres, sino que hay veces en que renunciamos a muchos placeres, cuando de ellos se sigue para nosotros una incomodidad mayor. Y a muchos dolores los consideramos preferibles a los placeres si, por soportar tales dolores durante mucho tiempo, nos sobreviene un placer mayor. En efecto, todo placer, por tener naturaleza innata, es bueno, pero sin duda, no todos son dignos de ser escogidos. De la misma forma, todo dolor es un mal, pero no todos deben evitarse siempre.

Conviene juzgar todas estas cosas con una justa medida a la vista de lo útil y lo inútil. Pues usamos algunas veces del bien como de un mal, y, al revés, del mal como de un bien.

También consideramos un gran bien a la autosuficiencia, no para que en toda ocasión usemos de pocas cosas, sino a fin de que, si no tenemos mucho, nos contengamos con poco, sinceramente convencidos de que disfrutamos más agradablemente de la abundancia, quienes menos necesidad tienen de ella, y de que todo lo natural es muy fácil de conseguir, y lo vano muy difícil de alcanzar. Los alimentos frugales proporcionan el mismo placer que una comida abundante, cuando alejan todo el dolor de la indigencia.

Pan y agua proporcionan el más elevado placer, cuando los lleva a la boca quien tiene necesidad. El acostarse en las comidas sencillas y frugales es saludable, hace al hombre resuelto en las ocupaciones necesarias de la vida, nos dispone mejor cuando ocasionalmente acudimos a una comida lujosa y nos hace intrépidos ante el azar.

Así, cuando decimos que el placer es fin, no hablamos de los placeres de los corruptos

y de los que se encuentran en el goce, como piensan algunos que no nos conocen y no piensan igual, o nos interpretan mal, sino de no sufrir en el cuerpo ni ser perturbados en el alma.

Pues ni fiestas ni banquetes continuos, ni el goce de muchachos y doncellas, ni de pescados y cuanto comporta una mesa lujosa engendran una vida placentera, sino un cálculo sobrio que averigüe las causas de toda elección y rechazo y que destierre las falsas creencias a partir de las cuales se apodera de las almas la mayor confusión. De todo esto, el principio y el mayor bien es la prudencia. Por ello, más preciosa incluso que la filosofía es la prudencia, de la que nacen todas las demás virtudes, enseñándonos que no es posible vivir placenteramente sin vivir prudente, honesta y justamente, ni vivir prudente, honesta y justamente, sin vivir placenteramente. Pues las virtudes son conaturales al vivir feliz, y el vivir feliz es inseparable de éstas.

Porque, ¿a quién consideras mejor que a aquel que tiene sobre los dioses creencias piadosas y en relación a la muerte carece por completo de temor, que tiene presente el fin propio de la naturaleza, que distingue que el límite de los bienes es fácil de alcanzar y que el de los males tiene o poca duración o pocas penas, que se ríe del destino tomado por algunos como señor de todas las cosas, afirmando que unas suceden por necesidad, otras por azar y otras por obra nuestra, porque ve que la necesidad es irresponsable, el azar inestable y lo que está en nuestras manos carece de dueño, y a quien, por tanto, corresponden naturalmente la censura y la alabanza.

Porque era mejor adherirse a los mitos sobre los dioses que ser esclavos del destino de los físicos.

Aquellos esbozan una esperanza de intercesión por medio del culto a los dioses, éste presenta una necesidad inexorable. Entendiendo el azar no como un dios, como lo considera la gente –porque nada carente de orden obra la divinidad– ni como una causa insegura –pues no cree que a partir del azar les sean dados a los hombres el bien y el mal en orden a la vida feliz, pero sí que de él se procuran los principios de los grandes bienes y males–, considerando que es mejor ser desdichado con sensatez que afortunado con insensatez; es, por otra parte, mejor que en nuestras acciones el buen juicio sea coronado por la fortuna.

En estos pensamientos y los análogos, a éstos ejercítate, pues, día y noche, sea para ti mismo, sea con alguno semejante a ti, y nunca –despierto ni dormido– serás turbado; vivirás como un dios entre los hombres. Pues en nada se parece a un ser mortal el hombre que vive entre bienes inmortales.

El espíritu de caballería en el Nuevo Mundo

* Gustavo Pereira

La invención de lo extraordinario siempre acompañó, ya se sabe, al género humano desde la más remota edad de su conciencia. Fue Platón quien por primera vez puso en boca de un sacerdote egipcio el nombre de la Atlántida, lejos de sospechar que su embeleso o creencia acarrearía durante tantos siglos tanta andanza y alucinación. Vislumbró el griego en el Tímeo, por labios del egipcio, la posibilidad de nuevas islas en ultramar, al cabo de las cuales hallábase un continente que ya los atlantes conocían. También un griego, el historiador Teopompo de Quios, en el siglo IV a.C. inventó una tierra dichosa a la que llamó Meropia, ocupada por gentes felices y longevas al otro lado del Atlántico, aunque tres siglos antes que él, en la que habría de ser la más célebre historia natural del medievo, Plinio había aseverado la existencia de continentes remotos habitados por pueblos de variada índole pero igualmente asombrosos: cíclopes, antropófagos, desnazizados, de pies de caballo, de pies invertidos, de orejas tan grandes que servían de cobijas, de ojos y bocas en el pecho, etc.

Las ficciones griegas y orientales y las sagas nórdicas dejaron en la fabulación europea mucha aspiración realizable o posible. Por eso las hallaremos casi literales en cuanto crónica o relato de viaje pergeña todo aventurero o letrado que cruza el océano.

Además del oro, "el oro en que el señorío consiste" —como escribiera Fernando Pérez de Oliva por 1520 o 1530— hallamos, no por casualidad en las páginas de Colón menciones a Marco Polo —a quien sus compatriotas venecianos llegaron a apodar "Messer Millione"— a Plinio, Platón y Aristóteles La Utopía de Thomas More (conocido en España y en el mundo castellano como Tomás Moro), que se ubica en isla presumiblemente americana y que aparece en 1516, une en cierta manera el disconformismo humanista al desasosiego social y traslada al Nuevo Mundo las visiones alucinantes de esa especie de suprarrealidad irrelavada pero cierta que es América-Arcadia.

Hernán Cortés, tan remiso a dejar que sus emociones y su imaginación gobiernen su pluma, ante la visión de Tlaxcala no puede menos que desbordarse de asombro: "La ciudad es tan grande y de tanta admiración, que aunque mucho de lo que della podría decir deje, lo poco que diré creo es casi increíble, porque es muy mayor que Granada y muy más fuerte, y de tan buenos edificios y muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó, y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan y de aves y caza y pescados de los ríos, y de otras legumbres y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en esta ciudad un mercado que cotidianamente, todos los días, hay en él de treinta mil almas arriba vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en parte.

En este mercado hay todas cuantas cosas, así de mantenimiento como de vestido y cal-

zados, que ellos tratan y pueden haber. Hay joyerías de oro y plata y piedras, y de otras joyas de plumaje, tan bien concertado como puede ser en todas las plazas y mercados del mundo. Hay mucha loza de todas maneras y muy buena, y tal como la mejor de España.

Venden mucha leña y carbón y yerbas de comer y medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos y las rapan; hay baños. Finalmente, que entre ellos hay toda manera de buen orden y policía y es gente de toda razón y concierto.

Fray Pedro Simón, que historió la costa firme en los albores del siglo XVII, recoge algunas de las noticias habituales difundidas por diversos viajeros, algunas de las cuales parecían no sorprenderle tanto como a nosotros: "(...) Se han hallado hombres de varias y peregrinas composturas, como son las que cuenta el Padre Fray Antonio Daza en la cuarta parte de nuestra Crónica (pues allí las escribió hombre tan docto y diligente, escudriñador de verdades, tendría muy bien averiguadas las de éstos) que hay unos hombres que se llaman Titamichas, que quiere decir oreja, hacia la provincia de California que tienen las orejas tan largas que les arrastran hasta el suelo y que debajo de una de ellas caben cinco o seis hombres. Y otra Provincia junta a ésta que le llaman la de Honopueva, cuya gente vive a las riberas de un gran lago, cuyo dormir es debajo del agua. Y que otra nación, su vecina llamada Jarnocohuicla, que por no tener vía ordinaria para ex-

peler los excrementos del cuerpo, se sustentan con oler flores, frutas y yerbas, que guisan sólo para esto".

Y lo mismo refiere Gregorio García de ciertos indios de una provincia de las del Perú, "y que de camino llevan flores y frutas para oler, por ser éste el matalotaje de su sustento, como el de las demás comidas. Y que en oliendo malos olores mueren".

La obra de Simón enumera otros prodigios parecidos: Que a un tal Pedro Sarmiento de Gamboa, andando por el estrecho de Magallanes, le salieron "en exento paraje", una compañía de gigantes, de más de tres varas de alto y tan fuertes que para prender uno era menester la fuerza de diez hombres robustos. Que en sitio cercano al Cuzco, el capitán Álvarez Maldonado tropezó con pueblo de pigmeos "no más altos que un codo", y un tal Melchor de Barros contaba haberse hallado "unos árboles raros en sus distancias y grandezas, pues la de su altura era igual con el tiro de una saeta desprendida de un buen brazo".

No escapa el alemán Federmann a estas misteriosas anomalías indianas. En un capítulo de su narración dice haberse hallado ante una nación de pigmeos de no más de "cinco palmos de estatura y muchos sólo de cuatro" (los que por lo demás, según ha demostrado la arqueología, parecen haber existido efectivamente en la región central de Venezuela, aunque no tan minúsculos como los describe Federmann). Este anota: "Como no podíamos servirnos de ellos a

causa de su pequeña talla, no quise retenerlos aunque empezaban a faltarnos porteadores. Casi todos los indios que teníamos dedicados al transporte de equipajes se habían fugado para volver a su país. Me contenté, pues, con hacerles bautizar y exhortarlos a la paz". Los hombrecillos obsequian a los europeos regalos de oro y otros presentes: "El cacique me dio una enana de cuatro palmos de alto, bella, bien conformada y me dijo que era mujer suya; tal es su costumbre para asegurar la paz. La recibí a pesar de su llanto y de su resistencia, porque creía que la daban a demonios, no a hombres. Conduje a esta enana hasta Coro, donde la dejé, no queriendo hacerla salir de su país, pues los indios no viven largo tiempo fuera de su patria, sobre todo en los climas fríos".

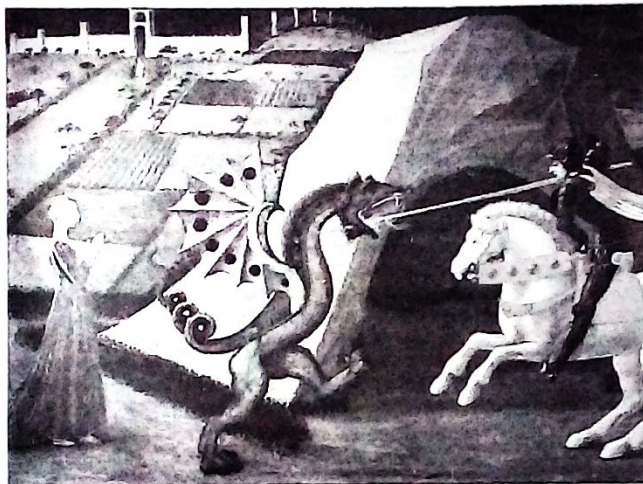
Se dice que el emperador Carlos V, antes de trasladarse al monasterio de Yuste, hizo llevar a este su último refugio un lote de novelas de caballería de las que era adicto lector.

El libro de caballería se había desarrollado en España y Portugal entre una amplia aceptación popular. Superado el ciclo carolingio, había encontrado en la guerra contra los musulmanes sensibles motivos, pero también había logrado trasponer sus propias tradiciones y esquemas temáticos. Para el español del siglo XV y comienzos del XVI el ideal del caballero no es ya tanto exaltar a los reyes o a los señores feudales como a sí mismo. En el gusto del público, la aventura ha desplazado los aparentemente bien acendrados arquetipos caballerescos del bajo medievo. No se trata ahora de ofrendar la vida sin reparo por la causa del soberano, ni de liberar candorosas doncellas prisioneras de poderosos infieles, ni de inmortalizarse abrazado al crucifijo redentor (aunque se siguiera usando como divina o estandarte). Cuando a partir de 1510 aparecen el Esplandín de Montalvo, el Palmerín de Oliva, la versión castellana del Tirant lo blanch, el Florisel de Niqueda, el Lucidante de Tracia o el Febo de Troya, que truecan la hazaña tradicional del caballero en aventura pura y simple o en expediciones mercantilistas a las tierras del Gran Turco, los nuevos ideales que nutren aquel afán mitificador quedan al descubierto.

Las secuelas de la larga conflagración han dejado en España una moral castrense justificada en las bulas papales (la justa guerra), una valoración excesiva del orgullo nacional traducida en el culto al héroe y al conquistador y una fuerte motivación religiosa. El libro de caballería agrega el gusto por la aventura y la exaltación de la hazaña. En adelante, pese a la prohibición expresa de trasladar novelas a las Indias (prohibición que en sí misma revela las nuevas direcciones del sentir colectivo), el libro de los nuevos paladines halla sitio secreto en el equipaje de los viajeros.

La primera novela de caballería española fue el Libro del caballero Zifar, que data de comienzos del siglo XIV. La más famosa fue el Anadís de Gaula, cuyos orígenes parecen remontarse a la misma época según las noticias suministradas por los escritores castellanos Juan García Castrogiriz, Pedro Femíz y el canciller Pedro López de Ayala) pero cuya primera versión es de 1508. En menos de ochenta años el Anadís alcanza veinticinco ediciones castellanas.

Pese a las prohibiciones reales, el interés por la lectura de obras de imaginación



Viene de la Pág. 8

lo hallamos, aunque con obvias limitaciones. En América noticias de la época dan cuenta de que se lee aquí no sólo el *Amadís* sino también autores contemporáneos como Lope de Vega, quien ha llegado incluso a escribir obras de temas o personajes americanos como *El Nuevo Mundo descubierto por Colón*, *La Dragontea* (que trata del famoso corsario inglés Drake) *La Conquista de Cortés* o *El Arauco domado*.

Exponente típico de la ideología del señor feudal, pero también de las aspiraciones de los estratos sociales que pugnan por alcanzar poder a través de la hazaña bélica, el libro de caballería, con los primeros indicios de producción capitalista, se ve sucedáneamente relegado. En su lugar se afianza un género desprovisto casi en lo absoluto del viejo contorno mítico-bélico, pero dotado de corrosivos poderes contra la nobleza gobernante: el picaresco. Pero hasta el siglo XVII se editan libros de caballería en España. Aunque la imprenta se ha establecido allí sólo en 1473, no menos de 49 títulos, entre 1508 y 1602, recoge un estudio de Thomas.

Si bien es difícil imaginar que las clases populares —mayormente analfabetas y a las que pertenecía la soldadesca conquistadora— hayan tenido acceso a tales publicaciones, es indudable el influjo romántico-fantástico tejido en la imaginación colectiva por las narraciones tradicionales y por las noticias de los primeros expedicionarios. En alguna proporción han tenido que contribuir éstas con la desmesura asumida en la Conquista. Como señala Américo Castro, "el hispanocristiano alcanzó la plenitud de su conciencia histórica como un combatiente vencedor, que al vencer iba encontrándose (...) instalado sobre unas gentes que le hacían las "cosas".

En su Historia de los indios de la Nueva España, fray Toribio Motolinía cita como una de las diez plagas que azotó aquellas regiones el trato que los estancieros o calpixques, encargados por los conquistadores encomendados de cobrar los tributos y "entender en sus granjerías", daban a los aborígenes:

"Estos residían y residen en los pueblos, y aunque por la mayor parte son labradores de España, hanse enseñoreado en esta tierra y mandan a los señores principales naturales de ella como si fuesen sus esclavos; y porque no querria descubrir sus defectos, callaré lo que siento con decir, que se hacen servir y temer como si fuesen señores absolutos y naturales, y nunca otra cosa hacen sino demandar, y por mucho que les den nunca están contentos; a cualquiera que están todo lo enconan y rompen (corrompen), hediondos (hediendo) como carne dañada, y que no se aplican a hacer nada sino a mandar; son zánganos que comen la miel que labran las pobres abejas, que son los indios, y no les basta lo que los tristes les pueden dar, sino que son importunos. En los años primeros eran tan absolutos estos calpixques que en maltratar a los indios y en cargarlos y enviarlos lejos (de su) tierra y darles otros muchos trabajos, que muchos indios murieron por su causa y a sus manos, que es lo peor".

Esta preeminencia etnocéntrica desputa en casi todo capítulo de crónicas y escritos de la época. Así, aventura, fantasía y codicia parecen fundirse en un solo haz motivador y la novela de caballería, está allí, tras esos sueños o anhelos, como un alimento surreal.

* Gustavo Pereira. Escritor, poeta y crítico literario venezolano (1940).

El Doctor Necrolátrico

* Jaime Valverde

Su casa situada frente a la plaza Sucre de Tarija, austera, inundada de sombras y silencio, tenía el zaguán angosto, más propiamente pasillo, que conducía a un pequeño patio triste, sin el consabido naranjo siempre verde, sin jazmines ni madreselvas ni pájaros parteros, y solo con un aljibe abroquelado al centro lleno hasta la boca de agua fresca de lluvia.

También el zaguán daba hacia la izquierda con el estudio jurídico del Señor de la casa, el doctor Napoleón Lacunza, en cuya estancia paraba la mayor parte del tiempo y hacia la derecha con el salón umbroso de ventanas siempre cerradas, cubiertas por pesadas cortinas de pana descoloridas por el tiempo, donde misia Gertrudis Lizarazu diluía su soledad en el crochet, el bordado y la pintura a la acuarela, al óleo. Una sirvienta negra entrada en años, que había sido niñera de doña Gertrudis, constituía la tercera persona que moraba en la casa, sirviendo a los amos con entrañable mansedumbre.

Los esposos Lacunza-Lizarazu no cultivaban amistades ni recibían visitas de ninguna clase. Habían contraído matrimonio siendo jóvenes en ocasión que él estudiaba abogacía en Sucre y ella tomaba vacaciones en una finca de Yotala, pues era oriunda de Potosí perteneciente a distinguidas familias de buen abolengo conocidas desde el coloniaje.

En el tiempo que ocurrió lo que se relata, el doctor Lacunza andaba por los ochenta años bien llevados. Alto y enjuto, de porte grave y señorial, vestía una levita negra que los años la pusieron verdosa, pantalón oscuro a rayas y botines de abotonar. Su cabeza levantaba blanca cabellera cana cubierta por un coquetón sombrero hongo, hacía *pendant* con la ticsura del cuerpo echado atrás.

Lucía un bigote de gúfas levantadas y una barba estilo perilla cuidadosamente recortada. Considerado como un abogado de nota, ejerció la judicatura con brillo, que la dejó hacia tiempo por padecer de ciertos síntomas neuróticos, que lo obligaron a permanecer en casa, donde pasaba los días revolviendo infolios y leyendo a Julio César en sus *Comentarios*, a Plutarco en sus *Vidas paralelas*, los trabajos filosóficos de Cicerón, las tragedias de Shakespeare, el *Quijote*, la *Santa Biblia*.

En las noches frías y húmedas del invierno oraba y rezaba otorgando ciertas atenciones y cierto afecto no conocido en él, pues siempre fue el hombre de la casa, tipo *pater familia*, frío y hosco, mezquino en atenciones y ternizas, llegando a la avaricia; y es bien sabido que el amor no concilia con lo avaro. Jamás se vio a la pareja en una fiesta, paseo o espectáculo.

A la única parte que ella asistía todos los días, era a la misa de siete en la Iglesia de San Francisco a dos cuadras de su casa. El doctor Lacunza, últimamente se le dio por hablar en voz alta a una imagen del Corazón de Jesús colgada en su aposento en claros términos de arrepentimiento:

—¡Oh, Dios mío! Perdona mis faltas cometidas, mis debilidades y orgullos; mi falta de amor a mis semejantes. ¡Dadme tu gracia y cúbreme con tu misericordia!

Una mañana de octubre primaveral, ti-



bia y luminosa, el doctor Lacunza se despertó con un tremendo dolor de cabeza, a consecuencia de haber dormido poco víctima de una pesadilla. Se levantó del lecho, se vistió en un tris y sin mirar siquiera a la esposa, salió presuroso al patio, donde en una palangana lavó su cara, cabeza y cuello con agua fresquita del aljibe. Reanimado, retornó al aposento entonces habló a la esposa:

—¡Señora dormilona! ¡Hoy se le han pegado las sábanas! ¡Ya el sol está alto!

Al no obtener respuesta, se acercó más a la cama y en un momento la creyó dormida, pero de pronto comprobó que estaba fría y que no respiraba. Le tomó el pulso y ¡oh, Santo Dios! había partido al más allá.

Un ataque cardíaco mientras dormía apagó su vida como se consume una vela, sin dolor, sin una despedida. El doctor Lacunza cayó postrado, como herido por el rayo sobre el cuerpo de la esposa que parecía sonreír con la risa de la Mona Lisa. La miró como idiotizado y dijo:

—¡Oh, Dios mío! Yo soy el causante de su muerte por no haberla hecho ver con un médico sabiendo que era enferma del corazón. Y cayó en una profunda depresión de tipo conmocional abrazando el cadáver, sin que la negra sirvienta pudiese desprenderlo.

Y así permaneció siete días velando a la esposa muerta, a quien en vida no le dio las atenciones, distinciones y amor que una dama se merecía. Se negó a recibir alimento y apenas aceptó un poco de leche de manos de la fiel negra, a quien le prohibió hacer conocer su determinación de no dar sepultura a la que fue su compañera durante cincuenta años.

El cadáver comenzó a descomponerse y desprender olores nauseabundos y entonces la negra sirvienta no pudo más con el mal

olor y las moscas que fueron apareciendo en esos días que empezaba el calor y salió a denunciar a la policía.

Cuando las autoridades se presentaron en la casa de tan extravagante caso, presionaron al doctor Lacunza para que dejara el aposento, a la vez que sacar el cadáver y darle sepultura. El doctor, encerrado en su yo nada racional, dijo:

—Me niego señores; este cuerpo aunque ahora inanimado, es mío, me pertenece, y permaneceré con él mientras dure mi vida.

El comisario repuso:

—¡Déjese de pamplinas, Doctor! Y no me obligue a tomar medidas de fuerza. El cadáver se entierra hoy y no es más.

Y lo sacó casi a la rastra hacia otra habitación, en tanto que los agentes procedieron a trasladar el cuerpo pestilente al cementerio.

Los doctores dijeron que el doctor Napoleón Lacunza adolecía de una neurosis obsesiva consistente en la dificultad de controlar la razón vencida por un sentimiento de culpa, aconsejando que el paciente deje la casa de la plazuela de los pintos centenarios por un buen tiempo y se traslade al campo, como así ocurrió.

Y allí pasó sus últimos días oyendo el rumor del río, el canto de las aves y las tonadas melódicas de un chapaco joven enamorado de la vida. ¡Redención de redenciones!

* Jaime Bernardo Valverde Sossa.

Escritor tarijeño.

De: "Evocaciones de terruño", 1991



Claudio Rodríguez

Claudio Rodríguez. España, Zamora 1934 - Madrid 1999. Enmarcado en la Generación del 50. Ha publicado: Don de la ebriedad (1953), Conjuros (1958), Alianza y condena (1965), El vuelo de la celebración (1976), Casi una leyenda (1991) y Aventura (2005).



Gestos

Una mirada, un gesto,
cambiarán nuestra raza. Cuando actúa mi mano,
tan sin entendimiento y sin gobierno,
pero con errabunda resonancia,
y sondea, buscando
calor y compañía en este espacio
en donde tantas otras
han vibrado, ¿qué quiere
decir? Cuántos y cuántos gestos como
un sueño mañanero,
pasaron. Como esa
casera muñeca de las figurillas
de la baraja: aunque
dejando herida o beso, sólo azar entrañable.

Más luminoso aún que la palabra,
nuestro ademán, como ella
roído por el tiempo, viejo como la orilla
del río, ¿qué significa?
¿Por qué desplaza el mismo aire el gesto
de la entrega o del robo,
el que cierra una puerta o el que la abre,
el que da luz o apaga?
¿Por qué es el mismo el giro
del brazo cuando siembra
que cuando siega,
el de amor que el de asesinato?

Nosotros, tan gesteros pero tan poco alegres,
raza que sólo supo
tejer banderas, raza de desfiles,
de fantasías y de dinastías,
hagamos otras señas.
No he de leer en cada palma, en cada
movimiento, como antes.
No puedo ahora frenar
la rotación inmensa del abrazo
para medir su órbita
y recorrer su emocionada curva.

No, no son tiempos
de mirar con nostalgia
esa estela infinita
del paso de los hombres.
Hay mucho que olvidar
y más aún que esperar.
Tan silencioso
como el vuelo del búho, un gesto claro,
de sencillo bautizo,
dirá, en un aire nuevo,
su nueva significación, su nuevo
uso. Yo solo, si es posible,
pido, cuando me llegue la hora malá,
la hora de echar de menos
tantos gestos queridos,
tener fuerza, encontrarlos
como quien halla un fósil
(acaso una quijada aún con el beso trémulo)
de una raza extinguida.

Al fuego del hogar

Aún no pongáis las manos junto al fuego.
Refresca ya, y las más
están solas; que se me queden frías.
Entonces qué rescoldo, qué alto leño,
cuánto humo subirá, como si el sueño,
toda la vida se prendiera. ¡Rama
que no dura, sarmiento que un instante
es un pajar y se consume, nunca,
nunca arderá bastante
la lumbre, aunque se haga con estrellas!
Este al menos es fuego
de cepa y me calienta todo el día.
Manos queridas, manos que ahora llevo
casi a tocar, aquella, la más mía,
¡pensar que es pronto y el hogar crepita,
y está ya al rojo vivo,
y es fragua eterna, y funde, y resucita
aquel tizón, aquel del que recibo

todo el calor ahora,
el de la infancia! Igual que el aire en torno
de la llama también es llama, en torno
de aquellas ascuas humo fui. La hora
del refranero blanco, de la vieja
cuenta, del gran jornal siempre seguro.
¡Decidme que no es tarde! Afuera deja
su ventisca el invierno y está oscuro.
Hoy o ya nunca más. Lo sé. Creía
poder estar aún con vosotros, pero
vedme, frías las manos todavía
esta noche de enero
junto al hogar de siempre. Cuánto humo
sube. Cuánto calor habré perdido.
Dejadme ver en lo que se convierte,
olerlo al menos, ver dónde ha llegado
antes de que despierte,
antes de que el hogar esté apagado.

Salvación del peligro

Esta iluminación de la materia,
con su costumbre y con su armonía,
con sol madurador,
con el toque sin calma de mi pulso,
cuando el aire entra a fondo
en la ansiedad del tacto de mis manos
que tocan sin recelo,
con la alegría del conocimiento,
esta pared sin grietas,
y la puerta maligna, rezumando,
nunca cerrada,
cuando se va la juventud, y con ella la luz,
salvan mi deuda.
Salva mi amor este metal fundido,
este lino que siempre se devana
con agua miel,
y el cerro con palomas,
y la felicidad del cielo,
y la delicadeza de esta lluvia,
y la música del
cauce arenoso del arroyo seco,
y el tomillo rústico en tierra ocre,
la sombra de la roca a mediodía,
la escayola, el cemento,
el zinc, el níquel,
la calidad del hierro, convertido,
afinado en acero,
los pliegues de la astucia, las avispas del odio,
los peldaños de la desconfianza,
y tu pelo tan dulce,
tu tobillo tan fino y tan bravío,
y el frunce del vestido,
y tu carne cobarde...
Peligrosa la huella, la promesa
entre el ofrecimiento de las cosas
y el de la vida.
Miserable el momento si no es canto.

A mi ropa tendida

Me la están refregando, alguien la aclara.
¡Yo que desde aquel día
la eché a lo sucio para siempre, para
ya no lavarla más, y me servía!
¡Si hasta me está más justa! No la he puesto
pero ahí la veis todos, ahí, tendida,
ropa tendida al sol.
¿Quién es? ¿Qué es esto?
¿Qué lejía inmortal, y que pérdida
jabonadura vuelve, qué blancura?
Como al atardecer el cerro es nuestra ropa
desde la infancia, más y más oscura
y ved la mía ahora. ¡Ved mi ropa,
mi aposento de par en par! ¡Adentro
con todo el aire y todo el cielo encima!
¡Vista la tierra tierra! ¡Más adentro!
¡No teneo en el patio: ahí en la cima,
ropa pisada por el sol y el gallo,
por el rey siempre!

He dicho así a media alba
porque de nuevo la hallo,
de nuevo el aire libre sana y salva.
Fue en el río, seguro, en aquel río
donde se lava todo, bajo el puente.
Huele a la misma agua, a cuerpo mío.
¡Y ya sin mancha! ¡Si hay algún valiente,
que se la ponga! Sé que le ahogaría.
Bien sé que al pie del corazón no es blanca
pero no importa: un día...
¡Qué un día, hoy, mañana que es la fiesta!
Mañana todo el pueblo por las calles
y la conocerán, y dirán: "Esta
es su camisa, aquella, la que era
sólo un remiendo y ya no le servía.
¿Qué es este amor?
¿Quién es su lavandera?"

"Si hay un poeta tocado por el genio en la literatura española de la segunda mitad del siglo XX ese es Claudio Rodríguez. Ajeno a escuelas y generaciones (por más que no fuese en ninguna de las antologías del grupo del 50), sin antecedentes claros y sin descendientes casi, la lectura de sus poemas produce la sensación de ir escribiéndose sin esfuerzo delante de los ojos del lector, de que el sonido de las palabras contiene ya su propio sentido, de que, por fin, forma y fondo son una misma cosa. Las cosas de un poeta innato que, laboriosamente, escribe en estado de gracia." Javier Rodríguez Marcos.

El lenguaje popular y revolucionario en la poética de Washington Delgado

César Ángeles Loayza. Perú, 1961. Poeta, escritor, periodista y catedrático en literatura y lingüística

Primera de dos partes

I
La poesía y la física de Washington Delgado Tresierra (Cuzco 1927 - Lima 2003) trasuntan las vicisitudes de un hombre que ha recibido golpes. Pero no solo ni tanto por las inmensas, inevitables y domésticas circunstancias de vivir en el Perú (o, más aún, en su capital angosta y árida), sino por precisos embates históricos.

Por el cúmulo de hombres muertos y heridos en mil batallas a golpe de mazazos desde el poder establecido. Golpes, es decir, desde circunstancias históricas concretas que él, hombre comprometido del s. XX, vivió sin atajos: la Generación del 50 a la que pertenece, la Guerra Fría, el ominoso ochenio de Odría. Es decir que si hablamos de un poeta y un hombre golpeados, estamos también hablando de muchos otros que lo fueron con él en dicho tiempo.

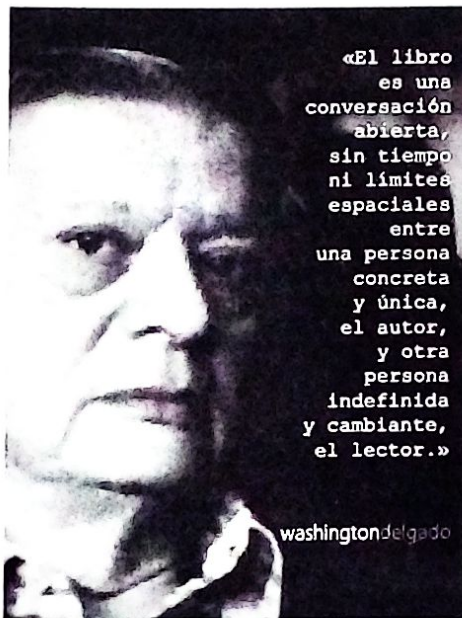
La palabra 'golpes' adquiere, también, otro significado constructivo: este poeta y amigo nuestro, cuya memoria y obra nos reúnen, golpeado (afectado) por la realidad personal y colectiva de su tiempo, la incorporó a su quehacer poético: transformándola en materia de su arte; lo cual, en circunstancias adversas como las que, entre nosotros, suelen boicotear la creatividad y trayectoria artístico-literaria, significa un triunfo del que este homenaje colectivo da testimonio.

Veamos cómo lo anterior se expresó en el trabajo de Washington Delgado, para lo cual abordaré el uso del lenguaje y elementos populares en su poética.

Sin embargo, 'lo popular' es un concepto muy ancho y ajeno, y también es verdad que mucho de lo denominado 'popular' refuerza, más bien, la dominación y hegemonía de las élites.

Asimismo, es conocida la polémica entre 'puros' y 'sociales' en la Generación del 50 (donde situamos la obra de W. Delgado). Una de las líneas, en dicha generación, fue su adhesión al campo socialista. En este sentido, atenderé en cuál dimensión se manifiestan, y operan en esta poesía, elementos y reelaboraciones verbales populares, y sus vínculos con la utopía socialista y la actitud revolucionaria.

La generación del 50, en particular, transitó desde un radicalismo político y artístico hacia una etapa incierta y desesperanzada, en buena medida, por la guerra fría y la dictadura de Odría (1948-1956). Por eso, rescato la fibra más comprometida socialmente de Washington Delgado. Así, mi exposición servirá, también, para una memoria alternativa, vinculada con aquella tradición radical que, desde comienzos del s. XX, trazó lineamientos ideológicos y estéticos perfilando la voz de un sujeto revolucionario que llega hasta la poesía social del 50, y aun después.



Algo a destacar es que prácticamente todos los miembros del 50 cuidaron la palabra en tanto signo estético, aun en la vertiente social o de agitación política, como bien remarcó un poeta de la década siguiente, Marco Marín: "Nunca hubo en el Perú grupo poético de tanta calidad".

En dicha línea de investigación, vemos la poesía de Washington Delgado en su génesis, filiación, y múltiples vínculos en el bulle y heterogéneo campo intelectual y campo de poder correspondientes a la Generación del 50 hacia mediados del siglo XX. Para las citas de poemas, uso el libro *Un mundo dividido*, que es toda la poesía reunida por Washington Delgado entre 1951-1970.

II

Uno de sus libros más bellos, representativos e influyentes, para las generaciones que vinieron, es *Para vivir mañana* (1958-1961). Se compone de cinco partes: cada una, en este huésped de libros orgánicos que fue Delgado, constituye un tramo semántico particular en la parábola que traza el conjunto del libro.

Así, "Camino de perfección" integra los cuatro primeros poemas que dan un arte poética; "Las buenas maneras" prosigue con otros seis de mirada irónica-crítica sobre el propio presente del poeta; "Historia del Perú" contiene cinco poemas desmitificadores en relación, es evidente, con nuestra historia; "De hoy para mañana" integra otros cinco que anuncian lo que viene en términos de operación o prospectiva sociales; y, por último, "La vida nueva" cierra el libro con el aliento de lo inédito que germina mediante un nuevo lenguaje.

En este sentido, es un libro que traza un recorrido desde la crítica social hacia la esperanza colectiva y humana, y es lo que hace posible que el poeta cante para vivir mañana.

La poética de Washington Delgado nace y se articula en torno al ser humano y sus circunstancias cotidianas e históricas; lo que le otorga su carácter antropomórfico y su sentido humanista. Se trata de un sujeto y discurso poéticos que no dejaron de lado al prójimo, que lo sostuvo entre sus versos, ya sea para mirarlo con ironía crítica y cierto distanciamiento, o para recuperarlo, y hablar de él como hace un cantor popular.

leyendo este libro de Washington hallamos reminiscencias de adhesiones e influencias ineludibles: como la poética española del 27, y su reelaboración del romance popular para hablar de los hombres del pueblo y su historia material; la presencia de César Vallejo, sobre todo aquel de *Poemas Humanos*, quien parte desde las terribles circunstancias del individuo contemporáneo para inscribirlo en un horizonte colectivo donde cabe la esperanza transformadora y socialista; y, asimismo, reconocemos la presencia de Bertolt Brecht, en relación con lo anterior, quien sitúa el drama humano en la historia y batallas colectivas e individuales por la justicia y la fraternidad humanas.

La batalla por la esperanza, además, está transida de fuego colectivo, como vemos en estos versos:

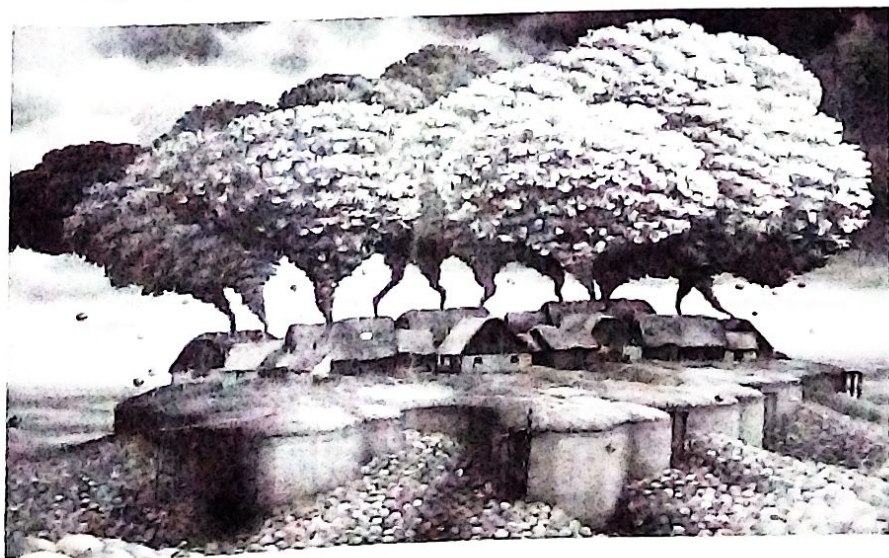
[...] *estoy en el centro del volcán / pues mi patria no me basta / ni mis amigos ni mi casa [...] / Soy apenas un hombre entre millones* (Camino de perfección); y que se engarzan con estos otros: *Con nueva voz inventaremos / la esperanza y el fuego. / Escuchad el silencio tembloroso o alegres / y mirad de frente el aire cuando crece* (Los tiempos maduros).

La segunda parte del libro se abre con una llamada a la conciencia de los hombres que, al modo de Vallejo, le increpa su estarse muertos; por ejemplo, en los poemas "La primavera descendiendo sobre los muertos" y "Los muertos", donde incluso estos *trabajan en las ciudades / en los campos, en las fábricas, / donde hay miseria y quién sabe, aman a sus mujeres / y tienen hijos encanijados, / monstruosos, amarillos / a los que no besan / sino cuando están borrachos*. Así, comprobamos que se va articulando, desde la poesía, una desmitificación de la vida, o la sobrevivencia, bajo el capitalismo: donde el afecto está reprimido y solo emerge, de modo intermitente y difícil, por una droga como el alcohol.

La conciencia de la muerte ha sido, además, un gran tema en la poética de Washington Delgado; pero, al igual que en Vallejo (nuestro gran poeta-interlocutor de la muerte), se hace como una manera de religarnos con la vida (como también comprobamos en el poema "Vivir" de Walt Whitman).

Es un sentido de la muerte cotidiana, padecida sobre todo por el universo de hombres y mujeres proletarios, que carecen de aquello que resuelve esa conciencia de una vida, la vida, vivida a destajo; como también le pasa, en otra dimensión, a la clase media que pertenecía Delgado y la mayoría de los miembros de su generación. *La vida es hermosa pero es triste, / es triste, es triste / vivir entre las moscas* ("El ciudadano en su rincón"). Las moscas como símbolo de la muerte en vida de los hombres en su limitada cotidianidad.

Continuará



HERENCIAS DE LA LITERATURA BOLIVIANA

Un modernista de América: Ricardo Jaimes Freire

Fernando Díez de Medina



Ricardo Jaimes Freire

Suele darse disímiles hombre y escritor. A veces buscamos detrás de la persona seductora, y surge la pluma basta. El talento creador rara vez supone el don de simpatía. Es difícil encontrar en el mismo plano al que vive y al que escribe. Se comprende, por ello, la desconfianza instintiva de muchos: ¿para qué conocer al escritor predilecto? Es mejor admirarlo en sus libros; el contacto personal desmedra. Sucede, con frecuencia, que el hombre de todos los días no empareja con el creador literario. Los primores de lo vulgar no satisfacen al buscador de belleza. La experiencia sugiere que si se halló un autor delicioso, más vale admiración lejana que conocimiento directo. Cuidémonos de unir lo literario con lo humano: son mundos diferentes.

Ricardo Jaimes Freyre pudo afrontar victoriosamente el doble ministerio de la inteligencia y la personalidad.

Desde la figura bizarra —mostachos mosqueteriles, chambergo alado, atuendo en el verter— hasta las complejidades de su psicología torturada por vuelos metafísicos, todo en el gran potosino fue rico de originalidad. Brilla en la

diplomacia como gran señor: hay memoria de sus célebres actuaciones en Washington y en Santiago. Incursiona en la política sin alterar la elegancia de su estilo personal, siempre seguro de sí, grave y reposado, con ese aire de majestad que evocaba un lienzo de Tiziano. Fue Canciller de la República, notable orador en el Parlamento, Ministro y hombre de consejo en el gobierno de Saavedra. Si el poeta brilló muy alto, el hombre de mundo no quedó a la zaga. Lució en cátedra, en polémica, en ensayo. Como toda inteligencia superior, gustaba de la juventud y del aplauso; ninguno le fue escatulado. Hombre y poeta seducían con dócil atractivo. Y era tan versátil su genio, tan inasible su personalidad, que para uno de sus biógrafos aparece como figura del Renacimiento; en tanto que otro solo ve su alma medieval acosada por desvaríos trascendentales.

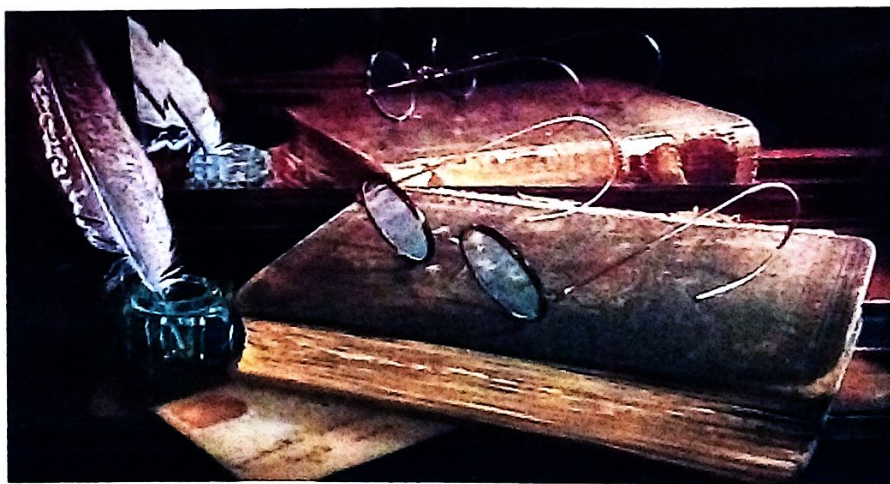
Jaimes Freyre dejó imitaciones en Bolivia, discípulos en la Argentina. Ni unos ni otros alcanzaron la estatura del maestro. Solitario, desdénso, auténtico aristócrata del espíritu, no caerá en la miseria bohemia del ruiseñor de Nicaragua, ni en el torvo abandono del trompetero del Plata. Aunque el destino le hubiera dado menor gravitación nacional que a Darío y a Lugones, lució con ambos en el esplendor del modernismo sudamericano. Si el primero es la lira viva, y el segundo más torrencial para el deslumbramiento

idiomático, el boliviano los supera en el hondo señorío de la persona, en el severo recogimiento de su poesía: tan noble y alta, tan depurada de preciosismos y retóricas inútiles, que se diría una columna dórica, severa, esbelta, en medio de la fronda modernista.

Todo un señor, todo un poeta.

El humanista fue más conocido en la Argentina. Se representaron su drama histórico en verso *LOS CONQUISTADORES* y su drama en prosa *LA HUA DE JEFTHÉ*. Se difundieron sus valiosos estudios históricos sobre el Tucumán colonial, entre los cuales sobresale *HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE TUCUMÁN*. Historiador de vocación versado en disciplinas clásicas y en osadías modernas, Jaimes Freyre tuvo la necesidad y probidad del crítico: manejó la prosa como pulió el verso, con precisión, economía expresiva, y un sintetismo estilístico verdaderamente magistrales. Leerlo es un placer.

Sus famosas *LEYES DE LA VERSIFICACIÓN CASTELLANA*, que llamaron la atención en el mundo de habla hispánica, constituyen una nueva teoría métrica, equivalen a un descubrimiento del mecanismo interno del verso. De ellas ha dicho Julio Cejador, reputado crítico español, que "son la única teoría verdaderamente científica en la materia." Por solo esta proeza mental ganaría el potosino título de innovador.



Fernando Díez de Medina Guachalla. La Paz, enero 14 de 1908 - septiembre 21 de 1990. Poeta, novelista, narrador y destacado hombre público. A propósito de su obra, Juan Quirós afirma: *Incansable hombre de letras, puede decirse de él que murió con la pluma en la mano o frente a su máquina de escribir. Sobresalió como pensador y ensayista dedicado a descubrir los meandros del ser boliviano y todos los elementos que forman el cuadro de la identidad nacional, con su cortejo de sus mitos innumerables. Alabado por unos y negado por otros, en una cuenta final, Fernando Díez de Medina seguirá surgiendo en la escena de nuestras letras como uno de sus representantes más calificados: quien por el trabajo que realizó tiene la posterioridad asegurada.*

Publicaciones. Poesía: *Clara Senda* (1928); *Imagen* (1932); *El arquero* (1960); *El sueño de los arcángeles* (1961); *Mateo Montemayor* (1969); *Ollanta, el jefe kolla* (1970); *Laudé a la España muy amada* (1971). Ensayo: *El Veleru Matinal* (1935); *Thunupa* (1947); *Literatura Boliviana* (1953); *Sariri* (1954); *El General del Pueblo* (1972); *El Guerrillero y la Luna* (1972); *Teogonía Andina* (1973); *Nayjama, introducción a la mitología andina* (1974); *Inmortal, lo escondido* (1975). Biografía: *El Arie Nocturno des Victor Delhez* (1938); *Franz Tamayo, El Hechicero del Ande* (1942). Narrativa: *La Enmascarada* (1955). Crónica: *Desde la profunda Soledad* (1968).